

Enrique Molina

De hace más de medio siglo

Recuerdos y notas con motivo del centenario del Liceo de Chillán (1)



L señor rector del Liceo de Hombres, don Humberto Catalán, me ha discernido el honor de invitarme a hacer uso de la palabra en esta solemne velada con que se celebra el centenario de su liceo. Al conjuro de esta invitación han despertado en el campo de mi conciencia, como pájaros adormecidos, los recuerdos emocionados de diez años de hace más de medio siglo pasados en esta inolvidable ciudad.

Al agradecerle tan honrosa distinción al señor rector, le manifesté que inevitablemente esos recuerdos ocuparían la mayor parte de mi discurso.

Desde luego se ha adelantado uno. En seguida vendrán los demás. Un trabajo titulado: «Ligeras in-

(1) Trabajo leído en el teatro Central de Chillán, el 15 de mayo del presente año.

dicaciones sobre algunos estudios que no se cultivan en Chile» que leí en 1898, en la sesión inaugural del V Congreso Científico de la Sociedad Científica de Chile, terminaba estimulando a los jóvenes y comparando su situación con la de los caballeros en las justas medievales donde la presencia de las damas era un acicate para superarse.

«Podremos decirles a esos jóvenes, expresaba, para animarlos, parodiando a los heraldos de los torneos, pensando en los actos culturales a que todavía concurrirá la generación femenina actual y abrigando la esperanza de que las generaciones femeninas futuras no desmerezcan de la presente, podemos decirles a esos jóvenes campeones de la ciencia, para animarlos parodiando a los heraldos: «Valor, caballeros, valor y esfuerzo, que hermosas damas os contemplarán».

Ya veis que mis palabras fueron como una especie de emplazamiento y que a este emplazamiento las damas han respondido admirablemente ya que las nuevas generaciones femeninas no desmerecen de las de fines del siglo pasado.

Y continúa el surgir de mis recuerdos:

En 1892, se llevó a cabo en Chile, una de las reformas de más trascendencia de nuestra educación secundaria. Coincidió con el término de los estudios del primer curso del Instituto Pedagógico, fundado en 1889, y se concibió y realizó naturalmente bajo la inspiración de los profesores del nuevo plantel, que en su mayoría eran alemanes.

A principios de 1893 se repartieron por los liceos del país los primeros egresados del Pedagógico, los primeros profesores que hubieran hecho estudios adecuados para ser propiamente tales y no meros aficionados. Iban a poner en práctica y afianzar la reforma recién implantada que consistía en la aplicación de un sistema concéntrico en lugar del sistema de ramos relativamente sueltos y dispersos que hasta entonces había imperado. El sistema concéntrico disponía las materias de estudio de manera que en los primeros años se asentaba ya la base de lo que se iba a estudiar en los años superiores. En éstos, los temas esbozados en aquéllos, se desarrollaban y profundizaban como en la ampliación de un círculo concéntrico, lo que facilitaba sin duda la asimilación y el aprendizaje por parte de los alumnos.

Sea por la importancia misma de la reforma, o porque vino a implantarla un grupo de profesores jóvenes y solteros, o porque el nombre del nuevo sistema pareciera algo raro, lo cierto del caso fué que la nueva situación tuvo bastante resonancia en la sociedad de Chillán, el plan concéntrico era un tópic familiar, y a los flamantes pedagogos que les tocó en suerte venir al liceo de la capital del Ñuble se les llamó «Los Concéntricos». Estos fuimos: Luis Torres Pinto, que llegó a la vez de rector, Maximiliano Salas Marchant, Enrique Sepúlveda Campos, Gregorio Bravo y yo. Alejandro Venegas ingresó al grupo

dos años después. Los dos primeros años de su carrera los había servido en el liceo de Valdivia.

El liceo de Chillán contó por aquellos años con un mayor número de profesores titulados que cualquier otro liceo del país y, entre ellos, dos de los que han alcanzado más alto y merecido renombre entre los del primer curso, como son Alejandro Venegas y Maximiliano Salas. Así no fué sin motivo que entonces se discerniera en alguna ocasión al liceo de Chillán el honor de ser el primero de la república. Contribuían también al prestigio del liceo, los profesores de la Escuela Normal de Preceptores que desempeñaban clases en él. Entre éstos, recuerdo a los señores Nicetas Krziwan, dinámico y enérgico profesor de gimnasia, Manuel J. Ortiz, profesor de castellano, que fué un distinguido escritor. Dejó una novela muy interesante, llamada «Pueblo Chico» y «Cartas de la Aldea». Recuerdo, asimismo, al buen profesor de física, señor Roberto Leuschoser y a Gaspar Moll, profesor de dibujo y Carlos Chäffer.

Chillán era ya lo que ha seguido siendo: una ciudad regular y simétrica de calles anchas y rectas y de edificios bajos. Al centro su magnífica plaza principal de frondosos y acogedores árboles y equidistantes, hacia los extremos, otras cuatro plazas. Lo que desde hace algunos años ostenta de nuevo la plaza central es el monumento a don Bernardo O'Higgins.

El liceo ocupaba un edificio de un piso y dos patios grandes y uno pequeño en una manzana a una

cuadra de la estación del ferrocarril. Era sencillo y nada elegante, pero cómodo. Contigua tenía casa particular para el rector. Mientras Torres Pinto permaneció soltero nos brindó generosamente alojamiento en ella a cuatro de nosotros. No cabíamos más.

Todos los concéntricos éramos lo que se llama hoy día *full-time*. Trabajábamos desde la mañana hasta la tarde en el liceo. Especialmente yo que desempeñaba a la vez el cargo de inspector general. Era yo profesor de historia y geografía y como el liceo carecía de mapas, me puse a pintar los más necesarios a la acuarela y de tamaño bastante grande para que fueran visibles en toda la clase. Gustaron mucho, y el rector y cuantos los vieron me entusiasmaron para que se los fuera a presentar al rector de la Universidad de Chile para que los mandaran a imprimir. Di efectivamente el paso y me trasladé a Santiago con tal objeto. Don Diego Barros Arana, que desempeñaba a la sazón el rectorado, me recibió muy amablemente y celebró mi iniciativa con una sonrisa que, junto con aplaudir mi esfuerzo, significaba apuntar cierta ingenuidad de mi parte. Está muy bien, me dijo, pero estamos recibiendo excelentes mapas de Alemania, de manera que no valdría la pena pensar en hacer imprimir otros aquí. Don Diego tenía toda la razón.

Gracias a nuestra presencia se reorganizó la Sociedad de Instrucción Primaria que había funcionado en años anteriores en Chillán. Fundamos una escuela pri-

maria y técnica y trabajamos en ella con mucho entusiasmo.

Igualmente contribuimos a la fundación de la Cuarta Compañía de Bomberos, integrada casi en su totalidad por la juventud dorada del pueblo y que, por lo mismo, contaba con el favor de las damas. Torres, Bravo y yo fuimos buenos bomberos, pero Salas y Sepúlveda le tenían horror al uniforme y eludían en lo posible todos los actos del servicio.

No se daban con regularidad conferencias sobre temas científicos y literarios; pero no faltaban oportunidades para pronunciar discursos. Por lo que a mí respecta la Cuarta Compañía con sus banquetes fué una especie de escuela de oratoria. En el banquete con que celebramos la inauguración de nuestra Compañía, agradeciendo la cooperación que nos prestaban las señoras y, sobre todo, las niñas de Chillán, dije, entre otras cosas, que era curioso que favorecieran la fundación de una compañía de bomberos, ellas que, por otra parte, causaban incendios para los cuales no se habían encontrado todavía los bomberos que pudieran apagarlos.

Las luchas que se llamaban «doctrinarias» entonces, o sea, aquellas a que daba lugar el antagonismo entre la Iglesia y el Estado liberal antes de la separación de la Iglesia, establecida por la Constitución de 1925, hacía que viviéramos en un clima de hostilidad de parte de la prensa conservadora. En especial Venegas y yo éramos objeto de más frecuentes ata-

ques y a menudo gratuitamente, sin que precediera ninguna intervención determinada nuestra. En una ocasión se nos atacó so pretexto de que éramos partidarios de la teoría de la evolución. Por lo demás casi todos los profesores lo eran. El ilustre rector, don Narciso Tondreau, excelente poeta y artista, había dicho en un bello poema leído en la sesión inaugural del Congreso Científico a que me he referido al empezar: «La Biblia de este siglo la han escrito Darwin y Spencer». El plumario que nos atacaba terminaba su artículo con este cogollo: «Porque Venegas y Molina creen que descienden del mono, sobre todo el tal Venegas», alusión a que Venegas, aunque simpático y de fisonomía sumamente expresiva e inteligente, se hallaba muy lejos de ser un tipo de belleza. Ocurren- cia que nos hizo reír bastante. En la campaña presidencial de 1896 presentamos algo el flanco para que se nos atacara. No podíamos comprender que hubiera oposición a la candidatura del egregio ciudadano don Vicente Reyes, llevado por la alianza liberal y la candidatura de don Federico Errázuriz Echaurren levantada por la coalición liberal conservadora nos parecía poco menos que un desacato. Animados de estos sentimientos Venegas y yo pronunciamos una noche en un *meeting*, en la Plaza de Armas ardorosos discursos. No contenían ningún ataque personal, a lo más algunas alusiones a los curas politiqueros, pero estaban inspirados por un exaltado liberalismo. La noche era neblinosa y la concurrencia escasa, pero nuestras pa-

labras tuvieron una resonancia enorme. Descuento el aplauso de los correigionarios. Para el grueso público y los adversarios, esos discursos políticos pronunciados por profesores en plena plaza, constituyeron un escándalo. Sectarios apasionados los publicaron adulterándolos y deformándolos sin consideración alguna a la verdad de lo que habíamos dicho y sólo con el propósito de dañarnos. Leyéndolos en nuestra presencia, un amigo nuestro, no los reconocimos en absoluto. En la Cámara, diputados coalicionistas, nos atacaron con virulencia y si no sufrimos la destitución fué porque ocupaba en esos días la cartera de Instrucción Pública don Gaspar Toro, ciudadano íntegro, de carácter sólido y amplio criterio liberal, formado en la escuela de don Diego Barros Arana, que no se prestó a favorecer persecuciones políticas. De lo que no pudimos librarnos sí, fué de los anónimos insultantes.

Poco tiempo después me invitaron a que pronunciara un discurso en la Plaza de Chillán Viejo con ocasión de una fiesta patriótica del Dieciocho. Hablé de las glorias de los padres de la patria y entre ellos del primero de todos, del hijo de Chillán, el invicto don Bernardo O'Higgins. Pero agregué que nuestra emancipación había sido principalmente política y que en lo social y religioso continuábamos siendo colonia, de manera que era un llamado de nuestros espíritus terminar la emancipación. En realidad no había mucho de grave en esto; pero estaba en el gobierno un ministerio conservador y el alcalde de Chillán Viejo era

del mismo color político, de manera que me hallaba en un ambiente desfavorable. Creo que el alcalde obtuvo del intendente de la provincia para que acallara mis palabras, que hiciera tocar la banda del regimiento, que había concurrido a amenizar la fiesta. La banda tocando empezó a dar vueltas por la plaza. Hubo gran batahola. Muchos gritaron: «¡que calle la música!»; pero yo terminé mi discurso tranquilamente. Al bajar del tabladillo, que sirviera de tribuna, un sesudo vecino de Chillán, abogado, que gozaba de mucho prestigio, me dijo: —«Lo que tiene que hacer usted, mi amigo, es recortarle las aristas a su discurso y publicarlo». —«Lo que voy a hacer, señor, le contesté, es no recortarle nada y publicarlo». Efectivamente, así lo hice y se pudo ver que no habría habido motivo para tanto escándalo.

Uno de los alumnos más distinguidos del Liceo en aquel momento, distinguido en todo sentido, y uno de los que yo más quería, era Rafael Prieto Morel, hijo del intendente de la provincia, que había hecho se me tocara la música. Recuerdo con grata emoción que nuestras relaciones de afecto no se alteraron en lo menor con este incidente y que a fines de año, obtuvo en mi ramo, la distinción máxima que merecía.

Recordaré otros muchachos que fueron alumnos muy distinguidos y muy queridos. Arturo Ulloa Domínguez, más tarde médico de la Casa de Orates, Jerónimo Alvarado, gran cirujano que ejerció aquí mismo en Chillán; Acricio Jiménez, internista de re-

nombre, Fernando Santiván, afamado escritor y Enrique Escala, talentoso abogado.

No figuran en la anterior nómina de selección algunos talentosos hijos de esta tierra, que han tenido brillante actuación en nuestra vida ciudadana, porque no tuve la suerte de que alcanzaran a ser discípulos míos, tales como: Alfonso Quintana Burgos, Marcial Mora Miranda, Santiago Labarca, Luis Alamos Barros, Orlando Sandoval, Miguel Angel Vega, Armando Alarcón y Rolando Peña. Ellos ingresaron al liceo después que yo me había retirado.

Había llegado yo a Chillán habiendo rendido en la Universidad de Chile hasta el tercer año de Derecho y tenía resuelto no terminar mis estudios de leyes a fin de dedicarme por completo al profesorado, algo a las letras y a la filosofía. Por satisfacer aspiraciones de la familia de mi novia me recibí, sin embargo, de abogado; pero en verdad no he ejercido nunca y se cumplió el plan de vida que me había trazado. Mas, el título me proporcionó la gran satisfacción de invitar a Enrique Escala, recién graduado, a que se estableciera junto conmigo en Talca, donde yo era rector del liceo. Por mi parte no iba más que a poner mi plancha al lado de la suya y él iba a tomar todo el trabajo. Tuvimos completo éxito. Llegó a ser Enrique el abogado de más renombre de Talca y fué miembro de la Corte de Apelaciones de la localidad.

En 1897 fundó Enrique Sepúlveda la *Revista del Sur*, publicación mensual que mantuvo durante

un año. En ella colaboraron, fuera de Sepúlveda y entre otros, Alejandro Venegas, Manuel J. Ortiz, Abraham Valenzuela T., Narciso Tondreau, José Pinochet L. B., doctor Daniel Acuña y el autor de estos apuntes. Fué un magnífico esfuerzo sostenido, principalmente, por la perseverancia y el entusiasmo de Sepúlveda, esfuerzo digno de ocupar un lugar en la historia de las letras chilenas.

* * *

Pero no todo era trabajo y comportamiento serio entre nosotros. Y no podía ser de otro modo. Con excepción de Luis Torres Pinto y Gregorio Bravo que, aunque solteros, eran hombres de edad madura, corridos y fogueados, todos los demás concéntricos éramos jóvenes. Nos iriciábamos en la vida profesional, en la vida social y en la vida amorosa. Pocos años después, Maximiliano Salas, que permaneció sólo un año en Chillán, me decía en Santiago con ese tono emocional que le es propio y que es la expresión de su alma delicada: «El tiempo que pasé en Chillán ha sido para mí como si se descorriera en mi existencia una pesada cortina y me asomara por algunos días al país de la felicidad». Y eso que no tuvo más que un amor romántico y platónico, como lo probó obsequiándole a la mujer amada un ejemplar de «Werther», el enamorado suicida, en cuya dedicatoria decía: «¡Ah, la vida, ¿qué hacer? Derramar una lágrima sobre la tum-

ba de Werther y seguir su ejemplo». Siempre la extrema pasión unida a la idea de la liberación por la muerte. Venegas tuvo predilección apasionada por dos hermosas niñas de esta ciudad, pero fueron pasiones desgraciadas. De la primera han quedado huellas en algunas de sus poesías, principalmente en la dedicada «A un canario dócil», publicada en *La Revista del Sur* y que es pura y delicada como una vertiente cristalina. De la segunda, las hay también, en sus poesías y en su magnífico relato en prosa titulado: «La Procesión de Corpus». Ambos fracasos amorosos influyeron decisivamente en la vida de Venegas y lo llevaron, sobreponiéndose con virilidad y valor al infortunio, a ser el gran vicerrector y el gran profesor que fué en el liceo de Talca, y a escribir sus obras: «Cartas a don Pedro Montt» y «Sinceridad», libros que contribuyeron a preparar los movimientos revolucionarios que se inician en 1920.

Venegas poseía una universalidad de condiciones cuyo núcleo central era la abnegación. Pocos como él, tanto como para organizar una fiesta como para cuidar enfermos. En los bailes, se dedicaba a prodigar sus atenciones para que todo anduviera bien mientras nosotros bailábamos. Vivía en una *garçonnière* en la cual nos daba pensión a varios de nosotros. Como era también un hábil administrador todo andaba perfectamente. A la *garçonnière* llegaban con frecuencia nuestros amigos. Entre éstos, Angel y Edecio Rivera y Octavio Gazmuri, que nos iniciaron en los bailes de moda,

la *Kenz-polka*, el pas de patineur y el *van-dance* o pas de quatre. En un piano arrendado tocaban los bailes Ramón Martínez Baeza y César Navarrete Concha. A nuestro círculo se había agregado Eulogio Robles Rodríguez, abogado que había venido a establecerse en Chillán, y fallecido hace pocos años como Ministro de la Corte Suprema. Robles era muy amigo de Venegas y pronto lo fué también de todos nosotros. Era de carácter franco, inteligente y caballeroso. Desempeñó, asimismo, durante corto tiempo, clases de historia en el liceo. Robles hizo que nos agrupáramos en una sociedad o hermandad llamada de «los caribes», que no tenía estatutos ni se cobraba cuotas, cuya única y noble finalidad era buscar diversiones y entretenimientos. Patrona de la hermandad se nombró a Santa Mónica, sin otra razón que la sonoridad del nombre para indicar usos báquicos.

Empecé a manifestar en aquel tiempo la opinión de que las expresiones de chillanejo y chillaneja para designar a los hijos de Chillán estaban mal formadas, con una determinación denotadora de desprecio y que no tenían nada de halagüeño al oído. Afirmaba que debían cambiarse por chillanense o chillanés. Robles, sin otro motivo que provocar alegres comentarios y risa y dar algún empleo al tiempo que nos sobraba, salió a combatirme por la prensa y a defender el tradicional gentilicio de chillanejo. Se siguió una polémica, una de cuyas consecuencias jocosas fué que afir-

máramos que, aplicando la conformación de chillanejo a los habitantes del vecino pueblo del Roble, deberían llamarse «roblejos», con lo que a Robles mismo entró a llamársele en broma Roblejo. Por último dirimió salomónicamente la contienda el director de «La Discusión», señor Angel Custodio Oyarzún, sosteniendo que el término «chillanense» como más eufónico debía reservarse para decir dama chillanense y reservarse el de chillanejo para casos en que predominara la hombría, por ejemplo, cuando se habla de héroe chillanejo.

El principal lugar de reuniones era el Centro Social debido sobre todo al entusiasmo de Alberto Rivera, que tenía un gran cariño por su pueblo y se interesaba sobremanera por su progreso. El fin del Centro era allegar fondos para levantar el teatro de que carecía Chillán, por medio de fiestas y bailes semanales y que tomaban mayores proporciones el 21 de Mayo y el Dieciocho y para Pascua y Año Nuevo. En una manifestación que se le ofreció a Alberto Rivera y a sus colaboradores en agradecimiento de su labor, les expresé que habían mostrado en su gestión mucha penetración psicológica, porque para levantar un teatro y satisfacer en lo futuro nuestro amor al arte habían empezado por explotar mientras tanto nuestro amor a la belleza.

La vanidad masculina ha forjado la expresión de que los hombres cuando se casan caen. Ya he hablado de la mala suerte amorosa de algunos de nuestros

compañeros. De los concéntricos no caímos con damas chillanenses, sino dos: el rector Torres Pinto y el que habla.

* * *

Si entabláramos un diálogo entre vosotros y yo — que seguramente bien os vendría para que descansarais de mis fatigosas palabras—, podríais preguntarme, con razón: Bueno señor, después de tan largos años de ausencia y de tantas experiencias recogidas ¿qué nos trae usted de nuevo acerca de la vida y de la educación? Variada ha sido la vida, no pocas las vicisitudes en el alternado juego de esperanzas y decepciones, de realizaciones y contrariedades, he hecho algo, y han coadyuvado a mi hacer las actitudes constructivas y los afectos alentadores; pero la verdad es que en lo esencial, en lo referente a las orientaciones fundamentales de la vida, a lo que podríamos llamar el espinazo del alma, poco o nada os traigo de nuevo. Lo demás sería aburrirlos con detalles que no tendrían siquiera el interés, como los anteriores, de referirse a hechos y personas de esta ciudad.

El gran historiador y filósofo Hipólito Taine, hace la apreciación, en algunos de sus libros, de que en Alemania de 1780 a 1830 se pensó todo lo esencial que la Europa en el resto del siglo XIX no hizo más que elaborar. Asimismo, y guardando las debidas proporciones en cuanto a la dimensión de los términos

comparados, podría yo decir algo semejante de mis años pasados en Chillán y de los que han venido después. Mis pocos libros los he escrito después de haber salido de Chillán y después han venido también mis actuaciones en el liceo de Talca, en la Universidad de Concepción y en la Superintendencia y en el Ministerio de Educación; pero las bases espirituales de esas actuaciones quedaron puestas aquí antes de dejar este liceo y esta ciudad. Se fueron poniendo cuando en reflexiones a la sombra de los frondosos árboles de la plaza central acerca del destino de la vida humana, pensé que no podía ser otro que el de darse, darse a algo, se entiende, digno y noble; cuando tocando el mismo tema, le contesté a alguna amiga que los fines de la vida los veía en la libertad creadora del espíritu, en el amor y el progreso.

Lo esencial de estos pensamientos quedó incorporado más tarde en los lemas de la Universidad de Concepción que dicen: «Por el desarrollo libre del espíritu» y «Sin verdad y esfuerzo no hay progreso». Aquí sentí que es fundamental en la educación que el profesor se acerque a los educandos, para resolver sus problemas, con voluntad de amor y comprensión, poniéndose en el caso de ellos, y no prejuzgando, cuando creemos que no proceden bien, que sean de naturaleza mala y perversa. Son, tal vez, víctimas de un determinismo adverso que debemos ayudarlos a superar. No debemos emplear jamás con ellos palabras en cualquier forma deprimentes y duras, sino siempre

estimulantes y alentadoras. Aquí recogí la experiencia de que los datos, los meros conocimientos suelen ser huéspedes fugaces de la inteligencia y que más o menos pronto se borran y van siendo reemplazados por otros, de suerte que no hay que ser muy exigentes al respecto y reconocer que han cumplido con su misión si han dejado en el joven la huella de la disciplina y de los buenos hábitos. El educador recibe en sus manos el tesoro supremo de la vida, la juventud, y debe cultivar en ella las virtudes que la conduzcan a amar la vida misma y a trabajar con gusto. Algunos años después de haber terminado humanidades, Fernando Santiván, me decía: «Todo lo que aprendí en el liceo lo he olvidado. Sólo me ha quedado la influencia de algunos profesores como líneas generales para la vida».

En años posteriores condensé mi sentido de la vida expresando que el único problema del hombre es la realización de su vida espiritual. Pero esta fórmula es algo abstracta, y en su lugar, he dicho además, que la realización del espíritu no la considero separada de la vida material. Si yo volviera a hacer clases en humanidades les diría a mis alumnos del sexto año, al despedirme, como les decía hace más de medio siglo: «Amigos míos, la felicidad del hombre depende sobre todo del acierto de dos elecciones: la profesión y la mujer que ha de ser la compañera de la vida. Es primordial saber elegir la profesión que corresponde a la vocación y aptitudes propias y luego dedicarse a ella animado de un constante afán de superación.

«No escatiméis el tiempo para servir y para perfeccionarse. No lo escatiméis, tampoco, si sois empleados. Llegad antes y salid después de la hora fijada. No contéis el tiempo para vuestro trabajo, según se acostumbra hoy día, como mercaderes que venden por varas. La dedicación es un ahorro espiritual que produce intereses incalculables».

Y volviendo a vosotros, para terminar, os agradezco en el alma la paciencia y atención con que me habéis escuchado y os pido perdonar mi irreverente audacia de haber reducido todos los respetables desvelos de la pedagogía a las dos supremas cifras de la sabiduría humana: Sabed trabajar y sabed amar.